

Lo Básico de la Expiación

Rev. Brian M. Abshire
Marzo, 1999

Como alguien verdaderamente Reformado que sigue el principio regulativo de adoración, creo que si Dios no ORDENA algo en la adoración, entonces está PROHIBIDO en la adoración. No obstante, algunas veces es difícil poner en práctica el principio regulativo en la iglesia. Claro está que no necesitamos ningún drama horrible en nuestra iglesia; ¿pero qué haces con las tradicionales celebraciones Cristianas que no cuentan con una justificación Bíblica específica? Dios no las ordenó. ¿Es legítimo reconocerlas? Mi solución es deshacerme de la Víspera de Navidad y de los servicios del Viernes Santo (el Día del Señor es el único día de reunión requerido a los santos). Pero, ¿es eso suficiente? Algunas personas no piensan así. ¿Piensan que estoy transigiendo con la “Ramera de Roma” (son sus palabras EXACTAS) si predico sobre la encarnación en Diciembre!

Hace algunos años publiqué un artículo en el *Reporte Calcedonia* justificando porque pensaba que era apropiado celebrar la Navidad como un día de fiesta cívico y familiar (pero no como una fiesta religiosa). Dije que era legítimo para las personas (si querían) tener un árbol de Navidad, dar presentes y cantar villancicos Navideños. (¿Por qué puedo celebrar legítimamente el cumpleaños de mi esposa pero no el de mi Señor?)

Como resultado de ese artículo recibí numerosos ataques de otros tipos “verdaderamente Reformados.” Un indignado hermano me envió una copia del boletín de su iglesia para mostrarme a qué se parecía un orden de adoración verdaderamente Reformado. El boletín de la iglesia era de Octubre y mostraba de manera prominente un aviso para la celebración Dominical anual del Día de la Reforma con un conferencista invitado especial, una cena sencilla y una fiesta de disfraces para los niños. Le pregunté a mi estimado hermano dónde en la Escritura había recibido el permiso para celebrar la Reforma como un día especial. No contestó. Parece que es perfectamente bueno predicar un mensaje sobre el patriotismo en el Día Memorial (en memoria de los miembros fallecidos de las fuerzas armadas de todas las guerras), o un sermón especial sobre Proverbios 31 el Día de las Madres, y recorrer todas los grandes pasajes del Día de la Reforma, ¡pero no debemos predicar sobre la crucifixión en los días próximos al Domingo de Resurrección!

Me canso de tal crítica mezquina farisaica y algunas veces me siento profundamente tentado a comprar unas pocas cruces y candelas como decoraciones para mi iglesia ¡solo para ver cuán fuerte puedo hacer que chillen algunas personas! Pero no lo haré. Me haría famoso por eso. No ofendería sin intención a ningún hermano (¡innecesariamente!). En vez de eso, a medida que se acerca el Día de Resurrección, voy a predicar una serie de mensajes sobre la expiación. Algo que siga las líneas de lo que viene más abajo...

La Necesidad de la Expiación

Nuestro Dios es un Dios santo, puro e inmaculado. No puede soportar el pecado. “*Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio*” (*Hab. 1:13*). El pecado es

una mancha horrible en su creación. Él debe extirpar tanto el pecado como a los hombres pecaminosos de su presencia. Por lo tanto, “*pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír*” (Isa. 59:2).

Además, el pecado no solamente nos separa de Dios, sino también los unos de los otros. Debido al pecado los hombres son “*extraños [alienados] y enemigos en la mente, haciendo malas obras*” (Col. 1:21). Por consiguiente, lo que le espera al pecador no arrepentido es solamente “*una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios*” (Heb. 10:27).

Debido al pecado toda la tierra está maldita (Gén. 3:17), sujeta a la futilidad, y desea ser libre de su esclavitud a la corrupción (Rom. 8:20-22). No solamente todas las obras de los hombres son afectadas por su pecado, sino también el mismo terreno en el que se encuentra. El pecado es una mancha horrible sobre la creación perfecta de Dios. Lo que había sido creado como “muy bueno” se ha llenado ahora de corrupción.

Somos totalmente incapaces de tratar con nuestro pecado. No nos podemos esconder de él, “*sabed que vuestro pecado os alcanzará*” (Núm. 32:23). No podemos limpiarnos nosotros mismos de él: “*¿Quién podrá decir: Yo he limpiado mi corazón, limpio estoy de mi pecado?*” (Pr. 20:9). No podemos hacer compensación por él con buenas obras pues “*por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de Él*” (Rom. 3:20).

Puesto que no hay nadie que sea sin pecado (1 Rey. 8:46; Sal. 14:3; Ecl. 7:20; Mar. 10:18; Rom. 3:23; etc.), toda la raza humana es condenada ante un Dios santo y justo. A menos que Dios decida hacer algo, estamos perdidos. Él es santo; no puede tolerar el pecado. Él es inmutable; no puede cambiar. Pero nuestro Dios es también un Dios de compasión y misericordia. Él mismo redime a su pueblo Y a su creación haciendo expiación por sus pecados.

La Base de la Expiación: el Sacrificio

El término básico para expiación es *kippur*, aquello que cubre o tapa. El concepto básico es sustitución; *i.e.*, Dios permite que alguien o algo reciba el castigo debido por nuestro pecado. El contenido básico de un sacrificio es sangre, “la vida de la carne en la sangre está.” Dios instituyó el ritual del sacrificio en el Huerto de Edén. Su promesa a Adán y Eva fue que el día que comieran del árbol del conocimiento del bien y del mal, ese día morirían. Su palabra debía ser guardada. Después que pecaron Él mató un animal y los vistió con su piel (Gén. 3:21). Este acto ejemplificaba tanto cobertura como sustitución: cobertura, porque Dios cubrió sus cuerpos, ocultando su desnudez y vulnerabilidad; y sustitución, porque Dios sustituyó sus vidas con la vida del animal.

Los siguientes sacrificios en la Biblia son los de Caín y Abel: uno aceptable a Dios, el otro fue rechazado por Él (Gén. 4:4-5). Se puede argumentar que el sacrificio de Abel fue aceptado porque fue un sacrificio animal; la sangre fue derramada. El de Caín fue rechazado porque, como una ofrenda de frutas y vegetales, no era un sacrificio de sangre.

El tercer sacrificio ocurrió cuando Noé ofreció ofrendas quemadas a Dios por su salvación del diluvio (*Gén. 8:20*). Dios instituyó aquí la práctica de comer la carne de los animales (*Gén. 9:3*), incluyendo la carne del sacrificio. De este modo el sacrificio literalmente se vuelve una parte del hombre.

El siguiente sacrificio significativo ocurrió cuando Dios le ordenó a Abraham que ofreciera a su hijo Isaac (*Gén. 22:1ss.*). Esto ilustra tanto el precio que debía pagarse (el hijo prometido de Abraham) y el hecho que podía hacerse una sustitución (el animal que Dios proveyó).

Durante la liberación de su pueblo del cautiverio en Egipto (en sí mismo un cuadro de la esclavitud del hombre al pecado), Dios instituyó dos sacrificios principales para Israel. El primero fue la Pascua, en el que un animal era sacrificado para redimir al primogénito. Antes del Éxodo se sacrificó un cordero y su sangre fue untada en los postes de las puertas de las casas. Dios pasó por alto (pascua) al primogénito en la casa mientras su ira visitaba a Egipto. El segundo sacrificio principal fue el Yom Kippur: el Día de la Expiación. Cada año un animal era sacrificado por toda la nación de Israel. Ese día el sumo sacerdote hacía a un lado sus vestiduras sacerdotales y usaba una prenda simple de color blanco. Primero ofrecía un novillo como una ofrenda por el pecado para el sacerdocio. Después de llenar su incensario con brasas encendidas, tomadas del altar, entraba al Lugar Santísimo sosteniendo el tazón con la sangre del novillo. Colocaba incienso sobre las brasas, enviando así una nube de humo fragante sobre el propiciatorio. Tomaba sangre del novillo y la rociaba sobre el propiciatorio, haciendo expiación por el sacerdocio. Luego se sacrificaba un macho cabrío como una ofrenda por el pecado para el pueblo. Luego la sangre del macho cabrío era rociada sobre el altar. El sumo sacerdote colocaba sus manos sobre un segundo macho cabrío que era enviado al desierto donde simbólicamente se llevaba los pecados del pueblo. De este modo eran cubiertos los pecados del pueblo y se hacía una sustitución por ellos.

La Expiación y el Nuevo Testamento

El sacrificio del Antiguo Testamento es un cuadro, una sombra, y una copia terrenal de realidades concretas, así como lo son los sacramentos del Nuevo Testamento. Cristo es el Sumo Sacerdote arquetípico (*Heb. 7:26-27*) y por tanto, hace expiación por su pueblo. *“Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios”* (*Heb. 9:24*).

La sangre de animales nunca podía ser un sustituto real por el pecado: *“porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados”* (*Heb. 10:4*). Pero sí proveía un cuadro y una promesa del Mesías venidero. Por tanto, es crucial entender que en su muerte Cristo cumplió todo lo que los sacrificios prefiguraban (*Mat. 26:28*). *“el cual fue entregado por nuestras transgresiones”* (*Rom. 4:25*). Su sangre fue derramada *“en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados”* (*Efe. 1:17; Col. 1:14*). Él hizo *“purificación por los pecados”* (*Heb. 1:3*). *“Y él es la propiciación (i.e., sacrificio que desvía la ira de Dios) por nuestros pecados”* (*1 Jn. 2:2*). Su sangre es *“la sangre del nuevo pacto”* (*1 Cor. 11:25*). Cristo *“se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”* (*Efe. 5:2*). *“Nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por*

nosotros” (1 Cor. 5:7). Fuimos redimidos no con cosas corruptibles tales como plata y oro “sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Ped. 1:19). “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

La muerte de Cristo fue representativa para nosotros: “si uno murió por todos, luego todos murieron” (2 Cor. 5:14). La muerte de Cristo fue un pago de rescate, un precio pagado para comprar a un esclavo y ponerlo en libertad: “Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mar. 10:45). Dios “al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Cor. 5:21). “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isa. 53:5-6).

La muerte de Cristo revela el amor de Dios por los hombres: “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rom. 5:8). “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” (Jn. 3:16).

Conclusiones

La expiación debiese conducirnos a nuestras rodillas tanto en humildad como en agradecimiento. Si nuestro gran Dios odia tanto el pecado, ¿cómo osamos coquetear con la tentación? Aún peor, ¿cómo osamos negar nuestro pecado, o echarle la culpa a alguien más, o aún peor, tratar de hacer expiación por él por medio de nuestros propios esfuerzos? El pecado es algo perverso, maligno y repugnante; y debiésemos odiarlo y abandonarlo así como nuestro Dios lo hace.

Segundo, puesto que NO hay solución para el pecado aparte del sacrificio de Cristo, debemos descansar y confiar solamente en Jesús. La ley debiese conducirnos a nuestras rodillas en temerosa anticipación de la justa ira de un Dios santo e imponente. Pero luego la misericordia y la gracia de Dios nos exalta mientras demuestra, a través de la cruz, su gran amor por su inaceptable pueblo. Ahora somos nuevas creaciones, con una vida nueva, con un futuro y una esperanza nuevas. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Cor. 5:17). Tenemos ahora toda una nueva manera de vivir y una nueva manera de pensar porque Jesús ha hecho expiación por nuestros pecados.

La expiación debiese hacernos amar a nuestro Dios como respuesta. Como resultado de su sacrificio por nosotros, ¿cómo no hemos de entregarle todo a Él? Nuestro tiempo, dinero, familia, llamado, todo lo que tenemos proviene de Él y ha sido redimido por Él. Por lo tanto, podemos decir con David, “¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación...”

La misericordia de Dios puede ser dada solamente por gracia, y la misericordia de Dios puede ser recibida solamente por fe. “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál 2:20).

El Rev. Brian M. Abshire es el pastor de la Iglesia Herencia Reformada en Modesto, California. Puede ser contactado al (209) 544-1572 o en abshire@ix.netcom.com.